

MAR CANTERO SÁNCHEZ

YO, TÚ, ÉL Y VOS...
**DE BENIDORM
A LAS VEGAS**



Un escritor tiene una ventaja sobre los demás seres humanos. Aunque su vida haya sido una mierda, siempre puede convertirla en una historia maravillosa, novelando las partes en las que más haya disfrutado e inventándose el resto. Lo mismo ocurre con sus personajes, puede crearlos con retazos de individuos reales o imaginar cómo le gustaría que fueran algunas de las personas que conoce. Para empezar una novela, un escritor debe desechar el pensamiento de que hay ideas que no merecen la pena. Lo importante de una historia no es lo que cuenta, sino la gracia con que se cuenta.

Por eso, la autora no se hace responsable de las opiniones vertidas en esta historia, pues no le pertenecen; provienen sólo de los personajes, que son completamente ficticios. Está inspirada en la vida real, pero es fruto de su imaginación; por lo tanto, cualquier parecido con la realidad es pura mala suerte.

Yo, tú, él y vos...

Algunas personas abandonan este mundo sin haber soñado nunca. Otras, por el contrario, vivimos para intentar cumplir nuestros sueños. Yo era una soñadora empedernida, me alimentaba de ilusiones y las devoraba con fruición y alevosía. Sin embargo, lo malo de los sueños es que, si no los cumples, te engordan: cada nuevo fracaso te hace ganar un kilo más de grasa y celulitis. Por lo general, esto era lo que me ocurría a mí, hasta que un día tuve una gran revelación. En una película hubiera sonado una música de fondo que transmitiera asombro, un «tatachán», seguido de campanillas y cuencos tibetanos, mezcla de sonidos celestiales. Pero ésta no fue una revelación divina, sino más bien humana, terrenal y corpórea, que se dio al pasar por delante del escaparate de una tienda de Ponche&Bananna, en una calle del casco antiguo de Benidorm. Sé que no debería decir marcas, pero si la menciono es para que puedas visualizar la situación con lujo de detalles. Imagina unas sandalias con un tacón de más de quince centímetros, terminado en punta fina, de color fucsia plata (sé que parece difícil visualizar este tono, pero a veces hay que dar rienda suelta a la imaginación. Total, lo que no mata, engorda) y con las suelas azul Lewinsky (como el vestido de la becaria de Clinton, el de la famosa mancha); una tirita de piedras adiamantadas nace en el comienzo de los dedos, gira alrededor del tobillo y se cierra con un broche. «¿Pueden existir unos zapatos así?», pensé al verlos, pero en seguida rehíce la pregunta:

«¿Pueden existir más allá de un escaparate de Ponche&Bananna?».

Y fui más allá: «¿Están hechos de materia? ¿Se pueden tocar y oler? ¿Podría escupir sobre ellos para sacarles brillo o han sido creados sólo para vivir en un mundo paralelo?». Quizá que centre mi atención en un par de zapatos os parezca un tanto superficial, pero los humanos somos así; a la mayoría nos gustaría comprar cosas caras e inútiles que jamás usaríamos para salir a la calle.

En el preciso instante en que mi mirada se topó con aquel par de misteriosos zapatos-joya, que desprendían brillos tan fulgurantes como una sonrisa tras una limpieza dental, descubrí mi verdadero yo. Para mi propia sorpresa, había estado escondido en mi interior durante mucho tiempo, oculto bajo cientos palabras, letras y folios blancos con negras frases, que formaban parte de un sueño que, cada día, parecía más imposible.

Desde mi más tierna infancia, cuando escribí mi primer cuento, se me había metido en la cabeza la absurda idea de ser escritora. ¡Qué estupidez! Aún me avergonzaba de mi primer título *El golfillo de París*, en el que el protagonista (obviamente, un golfillo que vivía en París) se arrojaba desde un séptimo piso y no le pasaba nada. ¡Qué obsesión tenía yo entonces con el suicidio! Y, además, se me había clavado entre ceja y ceja la idiota y absolutamente paranoica idea de ¡pasarme la vida escribiendo! ¡Como si fuera tan divertido! Los escritores y las escritoras saben lo que eso significa: vivir tecleando frente a un ordenador, siempre a punto de romperte una uña. ¡Por Dios! ¡Qué mal rollo! ¡Sobre todo si acabas de pintártela, con lo que cuesta que queden bien!

De niña, solía ser muy hilarante. Se me ocurrían historias generosas y entretenidas que alegraban un poco mi vida solitaria, siempre metida en mi habitación. Ahora, gracias a Dios, he cambiado mucho. También los sueños cambian, sin embargo, al convertirme en mujer, yo continué con el mismo. Quería ser escritora y, para conseguirlo, había redactado ya un montón de textos ajenos a mi vida: un sinfín de poemas y haikus; cinco novelas; siete ensayos cortos y uno largo; cuentos para niños, para adultos y para la tercera edad; cuentos eróticos, de terror, de agobio... aunque, en realidad, la agobiada era yo. Vivir de la escritura era mi objetivo y estaba empeñada en alcanzarlo, como un burro en pos de una zanahoria, sin saber que ésta avanza sólo cuando él camina. Y no es que me considerase una burra, pero un poco mula sí que he sido siempre. ¿Pero cuál era mi papel en aquel momento, el de la burra o el de la zanahoria? Esa filosófica pregunta había empezado a arañar mi mente desde dentro, desde hacía algún tiempo.

Y, a pesar de mis dudas, allí estaba, en una hermosa tarde de primavera, con los ojos engurruñidos por la luz del sol, que entraba por el escaparate y me volvía ciega por momentos. Había descubierto el par de zapatos al pasar y estaba segura de que seguían allí, aunque dudaba de haberlos visto realmente.

No podía creer que existiera algo tan sublime pero como siempre había sido una gran soñadora, hice uso de mi práctica en soñar despierta y volví a mirar. Coloqué el canto de mi mano sobre los ojos, como quien busca un barco en el horizonte marino, y volví a ver un destello fucsia plata que llenó para siempre el vacío de mi corazón. Me pregunté cómo se habrían sentido Einstein, Darwin o Bill Gates al descubrir, cada uno en su estilo, el sentido de la vida. Yo aca-

baba de descubrir el mío que, aunque no tan noble, era mío y eso me parecía lo más importante.

Me di cuenta de que hasta entonces, había vivido como una zombi, siempre oculta del mundo, indiferente a la vida real, imaginando, imaginando e imaginando... viviendo las historias que poblaban mi cabeza y el espacio exterior. No negaré que había vivido también historias propias, pero estaba dispuesta a dar mi vida y mis experiencias a cambio de ver una de mis novelas en el escaparate de una librería. Daba igual que fuera La Mansión del Libro, Fracfrac o las Librerías de El Porte Irlandés, con tal de que mis palabras fueran leídas por los demás y mis libros tuvieran la misma oportunidad de ser escogidos por manos sabias y tiernos ojos que los adquirirían a un módico precio para que yo pudiera recibir el dinero correspondiente, a cambio de mi muy merecido trabajo. Aquella era la razón de mi existencia, mi misión en el mundo, mi propósito en la vida. Era el motivo por el que había nacido y nada me obsesionaba más que lograrlo. No obstante, increíblemente, aquella fugaz pérdida de visión, provocada por el sol y el brillo de un cristal, dislocó a mi niña interior y cambió mi vida para siempre. En un instante, comprendí que ya nada me importaba más que aquel par de zapatos-joya de Ponche&Banana. El sueño de publicar mis textos en una gran editorial, ver mis libros en una librería y vivir de lo que tanto amaba dejó de tener sentido. A partir de entonces, fui más humana y, sobre todo, mucho más divina...

A riesgo de que esto se parezca al *Diario de Bridget Jones*, debo reconocer que estaba llegando a una de esas fases inevitables en la vida de una mujer en las que parece que el

cuerpo se ha ensanchado, aunque, en realidad, se ha encogido. Esa etapa en la que la carne pareciera volverse flácida y la piel estirarse más de la cuenta para acoger el exceso de grasa. Quizá, sencillamente, había engordado un poco. Y eso se notaba en mis pies, que hacía mucho tiempo no eran capaces de sostenerme de forma grácil; de hecho, hacía siglos que no me ponía tacones. Y ahí estaba, con las rodillas temblorosas, mordiéndome el moflete por dentro mientras intentaba aparentar seguridad en mí misma, y muriéndome de ganas de rodear con mis pies aquellas dos maravillas hechas casi de ilusión, porque mucha materia no tenían. De repente, la campanilla de la puerta me indicó que ya habíamos entrado y que no había marcha atrás. El ridículo estaba garantizado. Por suerte, iba con mi amigo Ariel, compañero de situaciones estrafalarias y obtusas. Solo, me hubiera muerto de vergüenza.

Lo de vestirme bien para entrar en una tienda de ropa, me pareció lo más fuerte que había hecho en mucho tiempo. Como todos, yo también he visto *Pretty woman* al menos cincuenta veces, de las cien que la han puesto en televisión, y no quería que me echasen de la tienda como a Julia Roberts. Por eso fui antes a comprarme un modelito a Papaya, con un dinero que no tenía. Difícil de entender, lo sé, pero Ariel me había leído varios párrafos de un libro que se titulaba *Vacía tu mente para llenar tu bolsillo* y que afirmaba, de manera contundente: «Tienes que fingir que eres rica y poderosa, si quieres serlo». Yo había empezado al revés: había vaciado mi monedero, pero mi mente seguía repleta de miedos, dudas y frustraciones. Sin embargo, entré en la tienda lo más dignamente posible, intentando lograr una actitud de VISA Oro y más de doscientos euros sueltos en la cartera.

—¡Qué bueno está el *jodío*! —masculló Ariel, mientras estudiaba de reojo a uno de los dependientes.

—¿Cuál de los dos? —pregunté en voz baja, mientras disfrutaba del tacto entre mis dedos de la fresca tela de un vestido minifaldero de primavera.

—¡Los dos! —exclamó él, que siempre quería abarcarlo todo— ¡*Pa> mí!* Me los llevaría a casa envueltos en una caja y ataditos con un lazo —soltó entre risitas. Los jóvenes lucían sus cuerpos musculados dentro de unos trajes con sendas camisas medio abiertas, que mostraban sus bien marcados pectorales. Los imaginé sudorosos y con la piel brillante por el aceite con el que debían de untarse cada noche mutuamente, tras la ducha.

—¿Son novios? —se me ocurrió preguntarle.

—¡No me digas eso, que estoy intentando ligarme al del traje blanco!

—Pues hazlo con más ganas, porque me parece que ahí hay tomate —le advertí, dándome cuenta de las miraditas que se cruzaban, de la caja al escaparate y del escaparate a la caja.

—¿Puedo ayudaros? —oí detrás de mi oreja y me asusté. Siempre he sido muy sensible a la actitud de los dependientes. Si me atienden demasiado rápido, me agobian, pero si no me hacen caso, me molestan porque siento que me ningunean. Lo mejor, como afirmaba Buda, es el término medio. ¿Por qué los dependientes nunca lo encuentran?

—¿Cómo no? —exclamó Ariel, que ya se le había acercado lo suficiente como para imitar el gesto de magrearle el culo, sin que nadie se diera cuenta, salvo yo. Creo que lo ha-

cía para ponerme aún más nerviosa—. ¿Sabes? Mi amiga es una reconocida y reputada escritora —le dijo.

Me puse roja y pensé: «¡Moqueta, trágamel!». Que Ariel soltase siempre por ahí que era escritora, me parecía algo fuera de lugar, además de inútil; aunque lo peor era lo de «reputada», que no acababa de gustarme, porque me sonaba a todo menos a lo que en realidad significaba.

Siempre le he dado mucha importancia al sonido que tienen las palabras y al efecto que ejercen en mí y en los demás. Por ejemplo, odio algunas como: flato, vómito, mismamente, locuela (¡qué cursi!), viril (suena a la España profunda, en la que los hombres tenían pelo en el pecho), calostro (ésta es horrible, parece un insulto y nadie diría que tiene que ver con la maternidad), *potorro*, (esta no estoy segura de que exista, pero se la escuché una vez a Belén Esteban. Literalmente dijo: ¡Estoy hasta el potorro!) etc. Tengo una larga lista. Y, a veces, durante un tiempo, me enamoro de otras. Ariel continuó...

—... y necesita un vestido para la presentación de su nuevo libro.

—¿Cómo se llama? — preguntó el dependiente del traje blanco.

—Sibila — respondió Ariel.

Le miré con asombro.

—Me refiero al libro —aclaró el joven.

—¡Ah! —le miró mi amigo con descaro—, se titula: *Di «sí» a la infidelidad*.

—Un tema interesante —comentó él. Ariel me guiñó el ojo en señal de triunfo. Le encantaba utilizar mi pseudónimo literario para presentarme, porque decía que mi nombre era demasiado normal y que yo debía aparentar que era más *chic*. A mí no me molestaba porque, al fin y al cabo, aquel nombre lo había escogido yo, no como el de mi bautizo, y sólo lo utilizaba cuando me presentaba a algún concurso de cuentos en el que no me permitían usar el verdadero. Pero otra cosa era que Ariel se inventara los títulos de mis futuros libros, en función de su propio interés. El chico regresó con un par de vestidos de mi talla y me acompañó hasta el probador. Ariel pensaba quedarse a su lado, pero lo cogí por el cuello de la chaqueta y le obligué a que entrara conmigo.

—¿Qué quieres? ¿Fastidiarme el plan? —susurró corriendo la cortinilla que nos separaba del resto de la tienda—. ¡Ven-ga, empieza a desnudarte!

—¡Cuando te enfadas así no pareces gay!

—¿Y te pone cachonda, no?

—¡Bah! Ni se me ocurriría pensarlo. ¡Eres mi amigo *guay*!

—Sí, eso suena mejor que «gay» —refunfuñó mientras me ayudaba a quitarme la ropa— y mejor que «homosexual», que suena a caracol o a bicho raro.

—Tú eres *homosensual*. ¿Verdad que así suena mejor?

—Sí, y tú *estereosensual*. Desde luego, así suena mucho más musical. ¡Ja, ja, ja! ¿Has visto cómo están esos dos? Nunca he hecho un trío, pero...

—¿Me queda bien? —pregunté mirándome al espejo.

—Imagino que sí. Lo siento pero yo ya no puedo ver más que los brazos de ese tío rodeando mi cintura —me confesó.

—Ni en tus mejores sueños —le dije—, aunque, pensándolo bien, todo es posible.

—¿Y tú eres mi mejor amiga?

—Intento ser realista.

—Pues no lo seas tanto. Según el libro que estoy leyendo, sólo tengo que adoptar la actitud de un rompecorazones —exclamó, estirándose como si pudiera crecer de repente.

—Estás guapo en esa postura —lo piropeé, apretándome de espaldas contra él, para alejarme de mi imagen— ¿Por qué hacen los probadores tan estrechos?

—Los hacen para una persona y nosotros somos dos. ¡No te aprietes contra mí!

—¿Por qué?

—Porque me voy a chocar con tu mariposa. Lo miré con una media sonrisa.

—¿Por qué lo llamas mariposa? —me reí.

—Porque se abre cuando quiere y se posa.

—¡Es malísimo!

—Lo sé. No te queda bien, pruébate el otro.

—¿Pero no habíamos quedado en que eras guay?

—Sí, pero, como tú misma has dicho, todo es posible. Y no sería la primera vez. Me volví con el vestido sobre la cabeza y el resto de mi cuerpo en ropa interior.

—¡Has estado con una mujer! —exclamé asombrada—, aunque no sé por qué me extraña tanto. En realidad, creo que ningún hombre es gay del todo.

—¿Ah, no? ¿Y yo que soy, un gay de tres al cuarto?

—No, pero a los hombres les gusta tanto el sexo que algunos, más listos que otros, deciden abarcarlo todo.

—¿Es ésa tu explicación de la homosexualidad?

—Podría ser.

—Pues ni se te ocurra darla a conocer al mundo —me pidió.

—¿Por qué?

—Porque hay cosas que es mejor mantener en secreto. ¿Creías que era virgen, *estereosensualmente* hablando?

—Pues sí —le contesté mientras me esforzaba en bajarme el vestido tirando de él—. Pensaba que los guais, eran guais y punto.

—¡Sorpresa! —exclamó—. La mayoría hemos sido *estéreos* antes de saber lo guais que éramos.

Tuve una historia con una tía cuando era muy joven.

—¿Y qué pasó?

—Que se aburríó de esperar a que me decidiera entre caracolas y caracoles.

—¡Vaya! ¿Entonces no lo tenías claro?

—No, ¿tú siempre lo has sabido?

—¿El qué? ¿Qué era caracola? —pregunté. Empezaba a liarme con tanto molusco.

—No, eso se ve. ¡Menudas tetas tienes! Me refiero a si siempre supiste que te gustaban los caracoles.

—Siempre lo supe, a pesar de sus babas —respondí con rotundidad.

—¡Para babas, las mías! ¡Ese tío de ahí tiene una caída de ojos arrebatadora!

—¿Y has vuelto a saber algo de aquella chica?

—Sí, se casó con un tío que siempre había sido su amor platónico y que, al final, resultó funcionar mejor que yo.

—Lo siento —le dije—. Pero no te preocupes, porque seguro que ahora tiene tripa.

—¡Qué va! Tiene una tableta de chocolate que está para comérsela y unos ojos azules... —Se asomó por la cortinilla.

—A ti sólo te falta la tableta —le aseguré—. Tus ojos son de quita y pon, ¿no?

Esas lentillas que te has comprado te quedan muy bien.

—¡Ya me gustaría que mi lengua también lo fuera! Siempre quise tener una lengua larguísima de lagartija, partida en dos al final, como la de Ally McBeal. La lanzaría contra el dependiente del traje blanco y lo lamería por detrás...

—¿Y qué tal éste? —lo corté y Ariel salió del probador para mirarme con un poco de distancia.

—¿No habíamos entrado para que te probases unos zapatos? —preguntó haciendo un mohín.

—Sí, unas sandalias. Las del escaparate. ¿Las has visto?

—No.

—Yo creo que no existen. Seguramente son una ilusión de mi mente, igual que el hombre perfecto.

—El de negro tampoco está nada mal. —Concluyó él y se marchó dispuesto a pedirle las sandalias al dependiente.

—¡Espera! —le grité, pero ya se había ido.

Cuando salí, el chico de blanco me esperaba con las sandalias en el suelo. Sólo tenía que meter los pies dentro y echarme a andar, si es que lo lograba. Mi amigo me lo estaba poniendo fácil. Me pregunté si alguna vez la vida me ofrecería la posibilidad de encontrar un amor verdadero, alguien con quien compartir el resto de mis días, con la misma simplicidad. El amor es una constante en la vida de cualquier mujer, una razón para levantarse cada mañana, un motivo por el que respirar y comer. En realidad, el deseo de enamorarme era la verdadera razón por la que unos mis pequeños y femeninos pies eran capaces de resistir el dolor de los callos y mantenerse arqueados sobre aquellos tacones que desafiaban a las leyes de la física e, incluso, de la química. Eso o el deseo de ser la más alta. También era posible que en mi cerebro todavía quedara alguna neurona que pensara con sencillez de vez en cuando y, quizá, era la única.

Las sandalias existían. Yo las veía. Ariel y los dos dependientes también. Me acerqué para darles los vestidos que no iba a comprar y me senté frente al escaparate. Vi pasar a un par de personas corriendo con calzado cómodo. Cogí una y metí mi pie derecho bajo la tirita adiamantada, que rodeó el inicio de mis dedos con delicadeza.

—Son cristales de Pifiowsky —aclaró uno de los chicos poniéndome aún más nerviosa. Era un momento delicado, en el que me enfrentaba a la más dura de las realidades: descubrir que unos zapatos bonitos dan sentido a una vida femenina.

Abroché la tirita que rodeaba el tobillo. Hice lo mismo con la izquierda. Puse ambos pies en el suelo, me levanté decidida, sentí el poderío, caminé unos pasos hasta llegar al espejo y me miré. Eran absolutamente ideales. «Así debe de ser encontrar al hombre perfecto», pensé. Ariel gritó salvajemente y me pareció oír que el chico de blanco exhalaba un suspiro mientras clavaba sus ojos en mis pies. El otro dependiente se acercó para verlas mejor.

—¡No me imaginaba que fueran a quedarte tan bien! —dijo Ariel, cuyos pies eran como los de un gorila blanco. Sonreí orgullosa mirándome en el espejo.

—¡Es la primera vez que alguien se las prueba! —chilló el joven.

Me sentí poderosa, poderosísima, y descubrí una nueva razón por la que una mujer podía desear hacer suyos unos tacones altos: la sensación de superioridad es tremendamente agradable. Oí una música celestial, la puerta se abrió y el móvil que colgaba del techo se agitó haciendo sonar sus